

Por otra parte, y a pesar de su fuerte carga conceptual, la obra nunca se limita a ser un mero libro de debate académico con un rigor intelectual capaz solo de ser comprendido por los eruditos de este campo. De lo contrario, deja suficiente libertad al lector para interpretar de forma autónoma los diferentes temas abordados y elucidar sus propias conclusiones.

De esta forma, Lafont nos ofrece una espléndida oportunidad para sumergirnos en su extenso conocimiento sobre la materia sin forzarnos, más allá de lo sutil, a recorrer ninguna trayectoria irreflexivamente. Esta es la seña de identidad que, sin duda, Lafont ha adquirido durante sus años en la universidad de Frankfurt donde se ha visto involucrada en los más recientes debates sobre teoría democrática siempre desde el punto de vista de la hermenéutica, la teoría crítica y la interpretación de grandes filósofos como Habermas.

La temática presentada en *Democracy without shortcuts* se aborda siempre desde una perspectiva amplia donde se entremezclan una diversidad de temas, que, sin embargo, se encuentran lo suficientemente organizados e individualmente accesibles como para servir útilmente a todo lector que prefiera centrarse en el desarrollo de un tema o discusión específica. Sin lugar a duda, también ha de ser elogiada la pluralidad bibliográfica que nos ofrece Lafont al no basar su obra solamente en autores reconocidos, si no también incluyendo otros pensadores importantes más actuales que aportan nuevas perspectivas incluso desde campos ajenos al de la democracia deliberativa. Estos y otros aspectos de calidad permiten a Lafont articular una propuesta filosófica sustancial.

El título de esta obra desvela por sí solo su fin último, el presentar una teoría democrática con perseverancia y coraje que no recaiga en la atascada dicotomía entre beneficios epistemológicos y autonomía política. El libro, desde su comienzo, sitúa al lector dentro de la temática general, primero posicionándolo en un punto de partida donde se enmarcan los principales conceptos a ser discutidos, tales como el ideal de autogobierno, los problemas que acarrea el desacuerdo grupal y las alternativas no democráticas. A continuación, se introduce al lector en una serie de perspectivas y

propuestas democráticas las cuales son objetadas por la autora que las califica de *shortcuts* (atajos) presentando la mayoría de ellas desaciertos y descuidos respecto a la lógica y los ideales democráticos, siempre sin llegar a su absoluta descalificación. Finalmente, los últimos capítulos están dedicados a redefinir la discusión democrática deliberativa. Para ello, Lafont se concentra durante estas últimas secciones en el concepto de justificación mutua y el papel que los ciudadanos jugarían institucionalmente en su propuesta.

La ambición que ha impulsado esta obra la hace apta tanto para el lector ya experimentado académicamente en este campo, como para aquel que busque iniciarse en temas democráticos desde un punto de partida amplio y orientado. A pesar de enfrentarse al reto enorme, aunque justificado, de entablar un cara a cara entre la autora y otros genios de esta tradición, la actualización del debate actual lograda por esta obra la hace extremadamente digna de publicación.

Por sus profundidad argumentativa y claridad, por la perspicacia, determinación y sutileza presentes en la personalidad de la escritora consideramos que esta obra representará un hito en la literatura política moderna y está destinada a convertirse en la piedra angular de futuras reflexiones. En definitiva, este libro es un verdadero golpe sobre la mesa y una apuesta, como su propio título indica, por una democracia justificativa, autónoma y completa. – OSVALDO GONZÁLEZ REYES (osvaldogreyes7@gmail.com)

SCRUTON, Roger, *Conservadurismo*, El Buey Mudo, Madrid, 2019, 183 págs.

Con el fallecimiento de Sir Roger Scruton el 12 de enero de 2020, a la edad de 75 años, nos dejaba uno de los pensadores británicos más sugerentes, polémicos y célebres por su apología del conservadurismo y su proyección mediática. Estas aportaciones a la teoría política y a la historia de las ideas no obstan para traer a colación sus obras académicas —a través de obras relevantes como *A Short History of Modern Philosophy* (1982) y *A Dictionary of Political Thought* (1982), *Kant* (1983) o *Spinoza* (1987)—, así como sus reflexiones sobre

la estética, la música, el conservacionismo medioambiental, la antropología filosófica o la filosofía de la religión. La vastedad de sus saberes y su elegante prosa se aunaron con una capacidad de provocación que hacía de cada nueva obra el dichoso y desafiante festín intelectual de uno de los autores más significados de la *New Right* anglosajona. El libro que reseño en estas líneas, con el título original *Conservatism. An Invitation to the Great Tradition* —lo que supone una evidente declaración de intenciones— fue publicado originalmente en 2018, y se ha convertido en una de sus últimas publicaciones. El título es especialmente elocuente puesto que culmina, en el ámbito de la historia del pensamiento político, sus estudios sobre la tradición intelectual conservadora tras obras como *The Meaning of Conservatism* (1980), *Conservative Texts. An Anthology* (1991) o *How to be a Conservative* (2014).

*Conservadurismo* presenta el origen y desarrollo de esta mentalidad política, al tiempo que sitúa en su contexto las fluctuaciones y veleidades históricas que han condicionado las ideas conservadoras. Seis son los capítulos en los que se organiza el texto reseñado. En el primero, Scruton centra su atención en los autores que inspirarían la filosofía y el pensamiento conservadores, algunos ajenos históricamente a la concepción actual de la política. Así, es posible extraer la influencia que filósofos como Aristóteles, Hooker, Filmer, Hobbes, Harrington, Blackstone, Johnson, Locke o Montesquieu en las ideas conservadoras. Ideas que alcanzarían su máxima vigencia con los consabidos conservadores Burke o De Maistre. Junto a ellos, el autor apostilla las principales características que inspirarían el conservadurismo, esto es, la pertenencia social a una comunidad prepolítica, el apego a la libertad individual, la capacidad antropológica de desenvolverse en un entorno competitivo a la vez que limitado cognitivamente —pues la pura racionalidad no puede salvar al hombre, que debe mostrar una faceta razonable, contingente y prudente, no sólo meramente teórica y abstracta— y la pertinencia de encajar en un orden secular y de instituciones sagradas de carácter religioso.

En el segundo capítulo, posa su mirada en el nacimiento del conservadurismo filosófico. A tal fin profundiza en la formulación

de Edmund Burke y Adam Smith en Gran Bretaña así como en Thomas Jefferson, de quien extrae un corpus teórico consistente de pensamiento conservador —adscripción significativa frente a quienes optan por ubicarle en el progresismo para confrontarle con John Adams, vinculado convencionalmente al conservadurismo—, y las reflexiones de los *Federalistas* en EE.UU. De ahí que Scruton asimile las revoluciones anglosajonas con una defensa previa de las libertades y las instituciones frente al proyecto adanista, radical y rupturista de la Revolución Francesa —representado por el liberalismo radical de Thomas Paine—. El tercer capítulo atendería al desarrollo doctrinal del conservadurismo alemán y francés. En el ámbito tudesco, Hegel —marcado por su deriva conservadora tras su inicial fervor por Napoleón— impugnaría las abstracciones éticas kantianas para alcanzar la concreción en las obligaciones éticas, sociales y políticas. Al mismo tiempo, la filosofía hegeliana habría de asumir el carácter natural de la desigualdad. El conservadurismo francés, por su parte, nace como respuesta al orden abstracto ilustrado y a la promesa de construir traumáticamente un orden nuevo que emanan del proyecto revolucionario. Así, los tres pensadores que analiza Scruton suponen un rechazo a aspectos concretos de la Ilustración: el pensamiento de Joseph De Maistre impugnaría el ideal de la soberanía popular; el lirismo de Chateaubriand estaría encaminado a contrarrestar el nuevo orden del secularismo; y Tocqueville aprovecharía su fecunda estancia en EE.UU. para deslegitimar el igualitarismo revolucionario.

Tras advertir la contribución de las ideas conservadoras para extender el sufragio y contribuir a cambios sociales positivos, Scruton dedica el cuarto capítulo al conservadurismo cultural, de origen anglosajón. Se trata de un conservadurismo que pasa de cifrar su actuación sólo en la práctica política a atender tanto el pensamiento político como el orden social y religioso. Ante un mundo de quietud que se bate en retirada como consecuencia de una industrialización deshumanizadora, del radicalismo político progresista y del secularismo, los conservadores culturales aspiraron a recuperar la religión y la alta cultura como un cemento social que pudiese sanar la escisión del atomismo

individualista y la alienación de la política ideológica. Literatos como Coleridge, T. S. Eliot, Chesterton o C. S. Lewis, artistas como Ruskin, filósofos como Herder o Leo Strauss e intelectuales como los conservadores agrarios del sur de EE.UU. serían los máximos exponentes de este movimiento.

El quinto capítulo atiende a la pugna entre el conservadurismo y su alianza con parte del liberalismo para oponerse políticamente al socialismo a lo largo del s. xx. Scruton cita a pensadores como Hayek, Oakeshott, Burnhams y Chambers en el ámbito anglosajón y a la renovación católica francesa, orientada a dar respuesta al materialismo, la práctica política de las repúblicas laicas y la competencia con Alemania que caracterizaron el devenir de dicha nación. Cabe destacar la presencia, a juicio del autor de este libro, de Ortega y Gasset, a quien dedica unas líneas —acaso breves—, especialmente por sus obras *España invertebrada*, *La deshumanización del arte* y *La rebelión de las masas*. Finalmente, el último capítulo sirve para dar a conocer a los intelectuales conservadores recientes, como Elie Kedourie, Kenneth Minogue o Paul Johnson en Gran Bretaña o Buckley, Kirk y Nozick en EE.UU. Además, Scruton concluye su obra con una exposición tanto del movimiento neoconservador como de la *New Right*, que él cifra en autores como Huntington, Manent y a la que él mismo se adscribe, con propuestas concomitantes con el liberalismo económico y deudoras con la pugna doctrinal con el comunismo y la apología del regreso a un orden moral y cultural en retirada. De esta manera, Scruton da cuenta de un conjunto de pensadores capaces de ofrecer un compendio atractivo de ideas políticas que exceden notablemente de la simple nostalgia por un mundo idealizado y desaparecido en la noche de los tiempos.

A su vez, junto con este recorrido por la historia de las ideas conservadoras, *Conservadurismo* no se limita a conformar un listado canónico de sus pensadores más significativos. Su desarrollo del contenido temático tiene la virtud de contextualizar esta filosofía en el ámbito de la historia del pensamiento político. Así, en cada uno de los capítulos ubica con soltura los principales debates, los lineamientos y las polémicas del conservadurismo con otros compendios de ideas

que sirven para orientar la práctica política. Complementaría así su base teórica con una perspectiva amplia de la historia de la teoría política. Así, el origen del conservadurismo surgiría como respuesta al fervor ilustrado de la Revolución Francesa, se contrapondría con las manifestaciones más radicales del liberalismo y se relacionaría polémicamente con el progresismo en la política postreligiosa. Scruton incide en el origen gaélico del término *tory*, que identifica al conservador británico como defensor de las tradiciones y las instituciones heredadas. Además, apostilla que el conservadurismo nació como respuesta ante los titubeos del liberalismo frente a los excesos revolucionarios, no como una doctrina sistemática con vocación de oferta de sentido epistemológica e ideológica. En este sentido, el conservadurismo originalmente habría debatido con el liberalismo sobre los límites de la libertad. Por una parte, el conservador defiende la libertad individual, pero vinculada a las instituciones y a la responsabilidad social con el otro. Se trataría entonces de una libertad que miraría desde la primera persona del plural, frente a la libertad irrestricta que el liberal anclaría en la primera persona del singular. Por lo tanto, liberalismo y conservadurismo obedecen a diferentes temperamentos sobre el verdadero orden político compartiendo un horizonte de libertad individual. Por este motivo, a finales del s. xix los conservadores se aliarían con los liberales —especialmente en la defensa del libre mercado— para confrontarse con el socialismo, que instrumentalizaría políticamente la cuestión obrera y social para socavar y cuestionar las instituciones heredadas. En el s. xx, el conservadurismo cultural habría reivindicado un orden social, religioso y político en retirada frente al progresismo. Llevaría su defensa de un orden heredado contrastado por un vínculo transhistórico desde la política a la academia y la literatura. El conservadurismo, en la actualidad, habría devenido una defensa de la civilización occidental ante las veleidades multiculturalistas, relativistas y posmodernas.

Esta propuesta de Scruton se suma a otros compendios de la filosofía conservadora, como los elaborados por académicos de la talla de Noël O'Sullivan o Robert Nisbet pero es mérito del autor establecer un

canon de los pensadores clásicos del conservadurismo que aúna la historia de las ideas políticas con ámbitos como la estética o la literatura. Establece con soltura y claridad un hilo intergeneracional que vertebra un exuberante ámbito del pensamiento político, tristemente denostado y caricaturizado en aras de los sesgos cognitivos ideológicos que conducen a la política a la penuria de las ofertas de sentido reduccionistas antes que a una concepción de esta como conversación, acomodo de las diferencias y conciliación de intereses contrapuestos. El carácter sintético y el esfuerzo de sistematización, nutrida por la erudición del autor en esta tradición política que tanto estudió y a la que tantos esfuerzos dedicó en su defensa, hacen de este libro una herramienta analítica valiosa para lectores interesados en las ideas políticas. Además, al ceñirse a una sucinta exposición de la perspectiva teórica complementa sus restantes estudios sobre el conservadurismo, más atentos a otros aspectos como su puesta en práctica, la compilación de las lecturas esenciales sobre el mismo o sus polémicas con las ideologías modernas como ofertas de sentido excluyentes. Su lectura resulta grata merced a la elegancia de la prosa de Scruton. *Conservadurismo*, consecuentemente, resulta una obra muy recomendable tanto para quien aspire a conocer el pensamiento conservador como para aquellos estudiosos que deseen profundizar en esta tradición política. Sirvan estas líneas para suscitar la curiosidad de los hipotéticos lectores y como despedida para un intelectual que, desde su amada Inglaterra rural, representó vivamente la actitud conservadora y que abogó porque esta tradición de ideas políticas resultaba la mejor garantía para la concordia civil. El vínculo intergeneracional encontró en Scruton su impecable defensor. – MARIO RAMOS VERA (mrvera@comillas.edu)

BONETE PERALES, E., *Con una mujer cuando llega el fin: conversación íntima con la muerte*. BAC, Madrid 2021, 128 págs.

Enrique Bonete es sin duda uno de los filósofos españoles más productivos. Sus últimos libros componen una serie de valiosas antologías de textos sobre temas monográficos cardinales (el poder político, la

felicidad, la maldad o la figura de Cristo), el último de los cuales, *El morir de los sabios*, se dedica precisamente a la muerte. Todos ellos perfectamente introducidos, ordenados y comentados en el marco de la consistente interpretación propia que sobre cada tema nos presenta el autor. Pues bien, su más reciente propuesta, *Con una mujer cuando llega el fin. Conversación íntima con la muerte*, al mismo tiempo rompe con esa serie y la prolonga. La prosigue porque aborda, una vez más, el problema de la muerte, acaso el más visitado en la larga obra de Bonete, quien ideara a tal fin el término de «Tánato-ética». Pero rompe con dicha serie porque nos presenta una meditación deliberadamente austera y enteramente personal sobre el sentido ético y antropológico, y hasta —en la última parte del libro— religioso o teológico de la muerte. Lo cual significa que, para filósofos, la referencia a *El morir de los sabios* ha de quedar en todo momento como trasfondo para la lectura de *Con una mujer cuando llega el fin*, pues es lo que permite a Bonete evitarse referencias académicas (a Heidegger, por ejemplo) y lanzarse al tema directamente en una indagación legible, «pensable» y honesta, que interroga sin solución de continuidad al lector sobre sus propias posiciones y temores. Indagación que asume el carácter sapiencial originario de la filosofía moral grecolatina, cuando esta se movía en un campo de juego paralelo al de las tradiciones orientales —literarias, éticas, místicas, religiosas— que surgieron en lo que Jaspers denominara el «tiempo eje» de la historia de la humanidad, antes de que la división del trabajo intelectual o de las especialidades desempeñara el papel determinante que tiene entre nosotros.

Adopta el opúsculo la forma de un diálogo entre el autor, «el Filósofo», y una «Mujer», en una conseguida cita explícita del *De consolazione philosophia* de Boecio. Y, como a menudo sucede en la tradición platónica, es a través de ambos interlocutores, con las palabras del uno y la otra, como Bonete expone su propia filosofía, los pensamientos que considera verdaderos. El preámbulo es un relato autobiográfico, veraz y literariamente digno, de un accidente cardíaco sufrido en el tiempo del toque de queda, con las calles desiertas y